Año XVII. 30 Julio 1877. Núm. 4757

# EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Liberato Monteña y García. Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Sauvedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 6 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Sábado 28 de Julio.

## El Eco de Cartagena

### LA IGLESIA DE TARRAGONA.

II.

No fué perdido para la restauracion de Tarragona el antiguo brillo de la metrópoli romana de la España citerior, ni el de la metrópoli eclesiástica de los godos: uno y otro la rodearon de una aureola, que fué como un faro de brillante luz que atrajo, andando el tiempo, los esfuerzos de varones animosos para levantarla de la profunda postracion en que cayera.

Sin hacer mérito de las tentativa, de un monge, que á fines del siglo X trató sin éxito de resucitar la dignidad metropolitana de Tarragona, cuya ciudad habia caido en poder de los árabes despues de haber sido libertada á principios del siglo IX por el emperador Luis el Piadoso, se observan ya en la segunda mitad del XI, ó sea en el año 1071 enérgicos esfuerzos: el obispo de Vich, Aton, consigue se traslade por el Papa á esta ciudad la metrópoli tarraconense; pero no le fué posible conseguir, por más que hizo, que dicha traslacion fuese reconocida por los obispos, ni por el metropolitano de Narvona.

En 1089, Berenguer, obispo tambien de Vich, pasó á Roma, y sus diligencias fueron tan eficaces, que logró fuese restablecida la dignidad metropolitana de Tarragona, cuya ciudad é iglesias le cedió el Papas además de concederle el palio de arzobispo. Berenguer tomó á grande empeño, segun ofreciera al Pontifice, el rescatar de los moros la resucitada metrópoli, tratando al efecto de interesar en la reconquista de ella á los condes de Barcelona y de Urgel; pero la débil tentativa que despues de algunos años hizo con tal objeto no tuvo más resultado que atraer sobre aquella desgraciada ciudad un repetido desastre, pues habiéndola invadido los sarracenos en 1108 la arruinaron de nuevo dejándola sin habitantes.

Cuando se trata de hombres del temple de los catalanes, que desde muy antiguo tienen acreditado poseer una tenacidad más dura que la misma roca, el fracaso de una empresa tomada con empeño, léjos de hacer decaer el valor de aquellos corazones esforzados, enardece sus ánimos: detrás de una tentativa frustrada viene otra, que logra un éxito feliz. Ocho años despues de la última catástrofe de Tarragona, que inutilizó las pretensiones de los obispos de Vich, los cuales alcanzaron al menos la gloria de haber señalado un derrotero, otro obispo se propuso continuar la empresa, esta vez llevada á cabo con próspera fortuna.

Este obispo fué San Oldegario, el cual ocupaba á principios del siglo XII la silla de Barcelona.

Difícilmente hubiera podido encontrarse un hombre más á propósito para terminar la empresa de rescatar á Tarragona, de levantarla de sus ruinas y de repoblarla de nuevo. Celoso, esforzado, infatigable, desplegó durante más de veinte años un ardor, una constancia, una energía, que nadie fué capaz de quebrantar. La iglesia lo ha canonizado; pero los tarraconenses debieran levantarle una estátua de bronce, que les recordase siempre su memoria. Si ese santo prelado se hubiese amedrentado al construir la catedral, que hoy existe, ante las alarmas, é inquietudes causadas por los árabes vecinos, que le acechaban sin cesar; si cediendo al temor hubiera trasladado la silla metropolitana á Barcelona, ciudad ya floreciente, corte de condes soberanos, y silla de su obispado, Tarragona, ciudad entonces de pobre campiña y de mal acondicionado puerto, no hubiera llegado quizá á rehacerse y elevarse á la modesta altura en que hoy se encuentra. Gracias al animoso Oldegario fué de nuevo y ha seguido siendo metrópoli eclesiástica de hecho y de derecho: gracias á la dignidad metropolitana, en la que se reflejaban la antigua gloria de la grandeza romana, de los concilios provinciales celebrados, y de las distinciones pontificias, en aquellos tiempos muy apreciadas, la reconstruccion y repoblacion de Tarragona, ciudad ilustre por sus grandes recuerdos, atrajo las miradas, escitó simpatías y conquistó voluntades, que quizá sin aquella dignidad no se hubieran despertado. Véase ahora lo que hizo aquel distinguido prelado.

En el año 1116 Oldegario, obispo á la sazon de Barcelona, fué elegido y luego nombrado arzobispo de Tarragona por el Papa, que le remitió el palio, con retencion de su iglesia episcopal, á fin de que restaurase la antigua metrópoli de la España citerior. Apenas habian trascurrido dos años, ó sea en 1118, el nuevo arzobispo, secundado por el conde de Barcelona, logra arrancar para siempre del poder de los árabes á Tarragona, á la que encontró en un estado tan desastroso, que dentro de las murallas y de la iglesia catedral habian crecido encinas, hayas y otros árboles. Oldegario se apresuró á traer pobladores y á levantar viviendas, dando principio hácia el año 1124 á la edificacion de la catedral hoy existente, con arreglo al estilo románico que entonces predominaba, conservándose todavía en muchas partes de la catedral construcciones de aquel estilo Para satisfacer su actividad infatigable, el nuevo arzobispo recorria los pueblos, les predicaba, les infundia ánimo, y en 1131 obtenia del Papa una bula para que las iglesias sufragáneas le ayudasen en la obra de levantar la catedral, y recogiesen de los fieles las cantidades con que contribuyeran.

El celoso metropolitano comprendió pronto que la restaurada ciudad necesitaba un brazo robusto que la protegiera y defendiese de las arremetidas sarracenas. Fijó sus miradas en un noble francés, llamado Roberto Aquiles (el Bordet) el cual habia venido á establecerse en Tarragona; emprende el camino de Roma y consigue del pontifice que el noble Roberto sea nombrado Príncipe de Tarragona, de conformidad con el Conde de Barcelona. El nuevo Príncipe trata de hacerse digno de la gran confianza dignidad que se le confiere partó para su tierra en busca de armas y de soldados, dejando de Gobernadora de la ciudad á su esposa Sibila. Esta mujer, en la que, segun dice un historiador de aquel tiempo, brillaba la probidad y la hermosura, moza esforzada y de buen parecer segun otro historiador mas moderno, cumplia tan á conciencia su cometido de custodiar la ciudad, que se la veia frecuentemente visitar los puestos, recorrer las murallas y vigilar los centinelas. Su esposo Roberto seguia siendo Príncipe de Tarragona en 1.140, en que concluye la historia contemporánea de que estan tomadas todas estas noticias; pero S. Olegario habia pasado á mejor vida en 1.137; sucediéndole Gregorio en la dignidad metropolitana, primer arzobispo tarraconense, que llevó este único título, pues su predecesor habia sido á la vez obispo de Barcelona segun queda indicado mas arriba.

El prelado restaurador de Tarragona levantó la catedral en la misma elevada meseta en que estuvo la acrópolis ó fortaleza de los primitivos pobladores; luego el arco romano y el templo de Jupiter capitolino destruido por los bárbaros en el siglo III despues la mezquita y la aljama ó patio de ablaciones de los árabes, emblemas de dominaciones destruidas á las que la nueva reemplazaba. Uno de sus primeros arzobispos, D. Bernardo Tort construyó en 1147 un castillo soberbio, habitacion ó palacio de los antiguos metropolitanos, el cual defendia su morada y la del cabildo, que entonces vivia en comunidad, bajo la regla de los monges benedictinos, de los continuos asaltos de los moros, á cuyo palacio quedó el nombre de castillo del Patriarca, y fué volado por los franceses al abandonar la ciudad en 1813.

Una larga gradería que conduce á una plaza preceden al frontispicio gótico románico de la basílica, cuyos calados, cornisas, estátuas, relieves y roseton circular, todo de piedra de tinte negruzco, presentan claras señales de la más venerable antigüedad. Tardó dos siglos en ser consagrada, y lo fué en 1331 por el